



MELQUISEDEC

A Juan Carlos Navarro

Extraño resonó ese nombre en la bóveda
el olor del incienso y el cadáver expuesto.
Se oían las voces breves de aquellos que en el fondo
de la iglesia estrechaban sus manos a la espalda
o miraban al techo o fijaban los ojos
en algún cuadro antiguo de mala calidad
en un rincón o altar ensombrecido.

Leían las palabras de los textos sagrados
que más propicias fueran a oficio de difuntos.
Sonó Melquisedec bajo la bóveda
y se quedó ese nombre conmigo aquella noche.
Si larga fue su vida, es su leyenda breve:
tan sólo tres pasajes lo mencionan.

A mi lado una sombra lloraba y su dolor
tan extraño me era que tracé entre las sílabas
del nombre los caminos de la huida.
Así fue como supe que ofreció pan y vino
a Abraham, que volvía de campos victoriosos,
que era suave la tarde y las mieses olían
y, aunque reyes los dos,
la comida partieron como hermanos.

Luego nada se sabe, volvería a su trabajo
de rey o de hombre viejo. Yo escuchaba
el carraspeo al fondo de la iglesia,
las sílabas del nombre, el excesivo
llanto de la mujer de al lado.
Pensé en Melquisedec, la dignidad
de aceptar el olvido.

Donde antes bestias, ahora miro ángeles.
Cuadras y establos fueron las capillas,
y en las fuentes del claustro, en sus aljibes
se lavaban los hombres entre risas y escarnios
y hasta los animales bebían en las pilas
que ahora a la sombra esperan la mano del creyente.
Entraban por las puertas al galope,
los cascos resbalando sobre el mármol, el hueco
de las pisadas en las tumbas. En el silencio
con que los transeúntes pasan por esta iglesia,
no es fácil comprender las voces, las blasfemias,
soeces alusiones sobre la vida mística,
sobre la desnudez de las estatuas
y los frescos. Me alegro que haya vuelto
a estas piedras la vida que merecen,
el retiro, la paz, el tiempo y la belleza.